

CUATRO POEMAS

- Zula -

Al final del pasillo rojo,
bailes de carnaval,
pinturas en las letras galegas,
carreras que dibujaban la estela
-arena mágica- del patio
en el suelo alegre, claro,
hasta la pajarera y las tortugas,
y más allá...
Agachados a la sombra
de los árboles de la morera,
y recoger las hojas para gusanos de seda
-¡serían mariposas!- con el showman, siempre,
mientras corría el invierno,
y la rueda de alimentos en primavera...
Hasta que luego, sin saber cómo,
llegaban los primeros olores del verano
a las ventanas abiertas de risas y mar;
viento intenso del cerezo en flor
revolviendo corazones jóvenes
en los tibios rincones de la escuela.

Amparada en la noche de tu abrazo,
donde desaparecen los miedos
y los sueños se hacen realidad,
me siento una estrella infinita
fundida en el universo oscuro.

Hogar al amparo
de los largos prados hasta el mar,
ilumina el camino de la amistad profunda,
los bailes, las palabras, conversaciones
y guitarras a la aventura...
ilumina la estrella constante, inagotable,
de la luz interna,
y que lo cierto de la vida y el corazón
permanezca brillante entre todas las sombras,
entre cada ola del temporal
y de la calma.

Runas antiguas en los márgenes de la luna
gritan sin voz las palabras de Simónides,
el inventor de la memoria.
Cuántos fuegos ardiendo en la historia.
Cuántas manos tendidas al cielo.
Cuánta cultura perdida por los resquicios del
[pasado
que nunca volverá, porque se ha ido,
pero que, de alguna manera, permanece
en los corazones que viven, todavía,
conectados a las raíces hondas que se hunden
en los muertos remotos de la humanidad.